

# VIDA AGUILLEÑA

SUSCRIPCIÓN  
En Aguilas, un mes... 0,30 Ptas.  
Fuera, trimestre ... 1,00 »  
Año VII.  
INSERCIÓN  
Anuncios a precios convencionales

REVISTA DECENAL  
Aguilas 14 Diciembre 1918

REDACCIÓN  
Y ADMINISTRACION  
PLAZA DE LA CONSTITUCION

N.º 152

## Cosas de Diciembre

«El mundo está lleno de estos pueblos. Varian de posición en el yacer, pero todos yacen; varian de especie de atargamiento, pero todos están tocados de él; tienen costumbres más o menos típicas, pero todos duermen igual, trabajan de la misma manera, están condenados a la condena más triste; a no tener grandes alegrías, pero tampoco grandes y hondas y hermosas tristezas, y a vivir y a vivir, y sobre todo a más vivir».

(De EL PUEBLO GRIS, novela de Santiago Rusiñol, traducida por G. Martínez Sierra.)

Poco, en verdad, es lo que encuentra, en esta decena periodística, el que, para VIDA AGUILLEÑA, comienza estos renglones, revestido de la humilde clámide del cronista pueblerino. Poco y de poca importancia.

Nuestro pueblo, fuera de los cuarenta días del veraneo bañista, viene a ser—aunque los hijos de Aguilas crean otra cosa—un pueblo por el estilo del **pueblo gris** de Rusiñol.

«Uno de tantos pueblos habitados, pero poco habitables»....., uno de tantos pueblos condenados por el Destino a la más triste de las condenas: «a no tener grandes alegrías, pero tampoco grandes y hondas y hermosas tristezas, y a vivir y a vivir, y sobre todo a más vivir»; y eso ¡es tan triste!... es tan monótono, que hace la labor del cronista pueblerino, a veces, muy pesada. Sus crónicas, a veces también, padecen del crónico mal de los pueblos grises; de esa grave enfermedad que indetectablemente se padece en **estos pueblos de casas**.

Entonces el cronista y el periódico pueblerino merecen, con justicia, el severo juicio que de la prensa de los pueblos hacía, en el número anterior de VIDA AGUILLEÑA, el

Sr. Dimas, nuestro cultísimo y estimado amigo.

Y a fé que ninguna época del año pueblerino es más propicia para ese *desbrujamiento* de la voluntad, para ese mortal *marasmo*, para ese vivir sin vivir, que caracteriza el **mal del pueblo**, como estos melancólicos y postreros días del otoño que mueren helados por los fríos inclementes del invierno que llega.

¡El invierno!... ¡Tiempo temido y odiado de los pobres y de los pequeños! tiempo cruel para los pajaritos que, parteros, alegraban nuestro jardín, en primavera!...

El huérfano, que hambriento llora, muriéndose de frío, en el quicio de una puerta, y el pajarito que tiembla, en la rama helada de un árbol sin hojas, son triste emblema de la cruel tristeza de estos días de invierno.

En las grandes urbes, el invierno, tan cruel para el pobre, es fuente de placeres para el rico.

Tiempo de las fastuosas reuniones, de los lujosos bailes, de las noches de ópera, de las cenas magníficas, de los grandes lujos y de los grandes vicios

Pero, en el ambiente pueblerino, el invierno es triste y monótono siempre; triste y monótono para ricos y pobres.

No tiene los recursos de las grandes ciudades y la vida, durante esta época, se desliza más monótona, más aburrida, más melancólica, más gris que nunca.

Estamos pues, en los verdaderos días grises del pueblo gris, y el que, para VIDA AGUILLEÑA, comenzó estos renglones, revestido de la humilde clámide del cronista pueblerino, deja ahora la pluma, que tomó animoso con la santa idea de hacer algo bueno, y huye medrosamente a consultar su tristeza con su fiel amiga la almohada, muy pueblerina, sí; pero que es la única que tuvo la franqueza de confesarme que yo estaba atacado del contagioso **mal del pueblo gris**, una noche de

